

PARA LA REVISTA/BOLETÍN DE LA ADEH

M. Livi Bacci¹

El ensayo de David Reher sobre el «estado» de la demografía histórica (o historia de la población —también yo, como él creo que la distinción entre ambos términos es inútil y hasta perjudicial—) es tan completo y exhaustivo que me dispensa del esfuerzo (creo que inútil) de añadir cualquier otra cosa. Asimismo, en las dos últimas décadas, David Reher ha sido un protagonista y propulsor insustituible del estudio de la demografía histórica, con el gran mérito de haber contribuido a la ampliación de los estudios a los continentes no europeos.

Recorriendo las últimas décadas no deja de sorprender el cúmulo de conocimientos adquiridos en el campo de la historia de la población. Este «cúmulo» se ha desarrollado en varias dimensiones: en profundidad, en extensión y en contenido. En «profundidad» temporal, porque se conocen mejor períodos cada vez más antiguos y, sobre todo, se «ligan» mejor entre ellos los acontecimientos de larga duración. En «extensión» porque los conocimientos, primero limitados a un núcleo europeo, se han ido extendiendo geográficamente tanto a América como a Asia. En «contenido» porque el análisis micro y nominativo ha reconstruido en detalle los complejos mecanismos de los fenómenos demográficos. Esta constatación es motivo de satisfacción —además, el que escribe era estudiante cuando Henry publicó la monografía sobre Crulai y ha seguido con interés este progresivo crecimiento durante cuarenta años— pero no de celebración. A medida que se desarrolla una disciplina, sucede la curiosa paradoja de que la relación entre lo que se quería conocer y lo que se conoce aumenta en vez de disminuir.

1 Traducción de Elena Robles González.

No hace mucho tiempo que he terminado un trabajo de síntesis sobre la población europea: la experiencia es reciente y me ha servido, entre otras cosas, para enfocar algunas carencias cognoscitivas que la investigación podría ayudar a cubrir. Creo que esta experiencia que trataré de articular en las páginas siguientes será más interesante que consideraciones abstractas a las cuales —entre otras cosas— me inclino poco.

Cuestiones de espacio

La demografía ha perdido, con el paso del tiempo, el contacto con la geografía y con las dimensiones del espacio, del cual dependen la disponibilidad de tierra, de recursos alimenticios, de energía, las condiciones de vida o las características del asentamiento. El espacio es la dimensión última de las constricciones que deben tener en cuenta los fenómenos demográficos. Los factores que condicionan la demografía de las poblaciones urbanas densamente concentradas son muy distintos de los de las poblaciones aisladas sobre grandes territorios: es el caso —por lo que respecta a Europa— de las poblaciones literalmente «encerradas» en los *ghettos* frente a las seminómadas de las vastas llanuras orientales. La geografía histórica ha escrito —sobre todo en el pasado— cosas muy interesantes sobre las características del poblamiento, la particularidad de los asentamientos, la evolución de la red de comunicaciones, la formación de las ciudades y los procesos de urbanización. Pero la impresión es que la ligazón con los fenómenos demográficos no se ha realizado en profundidad. Las migraciones y la movilidad son, obviamente, los fenómenos más estrechamente relacionados con la ocupación del espacio, pero no son los únicos. Los comportamientos demográficos de quienes se trasladan son también importantes, y quienes lo hacen tienen motivaciones y condiciones de vida muy distintas de quienes permanecen en el mismo lugar. Aunque Europa sea un continente de antiguo asentamiento, todavía aquellos procesos de ocupación del territorio que asumieron aspectos de masa en los siglos XI-XIII, con el traslado y ampliación del territorio alemán hacia el Este, continuaron, bajo diferentes formas, hasta que el Imperio Ruso concluyó el proceso de asentamiento hacia el Sur y hacia el Oeste. La manera en que se produzca este proceso de asentamiento

tiene gran relevancia. ¿Se trata de una migración continuamente alimentada por las poblaciones de origen o son los migrantes de frontera que teniendo espacio y recursos a su disposición, tienen también una alta reproductividad y determinan ellos mismos nuevos excedentes y nuevas oleadas sucesivas?. Este argumento ha sido muy debatido para el continente americano, pero muy poco para el caso de Europa. Sin embargo, se trata de un tema de gran relevancia: los pocos centenares de miles de migrantes que en el tardío medioevo franquearon la línea Elba-Saale, frontera entre la etnia germánica y la eslava, llegaron a ser decenas de millones algún siglo después; los 27.000 colonos alemanes reclutados por Catalina la Grande en 1762-64 y enviados a las casi deshabitadas regiones del Volga, aumentaron —según el Censo de 1897— en unos 400.000 sin posteriores inmigraciones. En ambos casos la inmigración tiene un «efecto fundador» —por usar el lenguaje de los genetistas— verdaderamente excepcional.

La dimensión espacial interesa bajo otros puntos de vista. Por ejemplo, por sus características ambientales y por las consecuencias que éstas tienen sobre la supervivencia. Seleccionaré uno de los muchos aspectos posibles: el paludismo tiene relaciones evidentes con las condiciones ambientales, aunque éstas no sean fijas, interactuando con los modos de asentamiento, con las prácticas de la agricultura o con la movilidad de los individuos. En el Ochocientos y hasta la mitad del Novecientos el paludismo era una patología incapacitante y con alta mortalidad en casi todo el área mediterránea: casi toda Grecia, gran parte de las costas balcánicas, un tercio o más de la península italiana y buena parte de la ibérica estaban expuestas a ella. La mortalidad de las áreas palúdicas es por norma más alta, con repercusiones sobre la fecundidad y sobre el crecimiento natural y, por tanto, sobre el sistema demográfico. Las áreas palúdicas se extendían no sólo hacia oriente, sino también hacia los países septentrionales —en climas menos apropiados y probablemente con consecuencias menos relevantes— en los que retrocede durante el Ochocientos. Remontándose en el tiempo, existe evidencia de que las áreas palúdicas fueron variando lentamente en el tiempo con consecuencias muy importantes para las poblaciones interesadas.

En estos ejemplos —muy heterogéneos— el espacio, en cuanto ligado a la disponibilidad de recursos o a las características ambien-

tales, no es ciertamente ni el único ni quizá el principal factor condicionante, pero desempeña, sin embargo, un papel muy importante. De ahí la importancia de restituirle un papel de primer actor y no de secundario residual.

Cuestiones de microbios

El desarrollo de las técnicas de reconstrucción de familias ha sido un generoso dispensador de conocimientos sobre los mecanismos de formación y disolución de las parejas, así como de constitución de la descendencia, pero no ha ocurrido lo mismo con la supervivencia. Esto no sorprende: las informaciones de base sobre los decesos infantiles son a menudo carentes e imprecisas; en las otras etapas de la vida, la indicación de la edad de los fallecidos es siempre aproximativa y raramente datos de estado y de movimiento están disponibles al mismo tiempo para el cálculo de las medidas clásicas del riesgo. Sin embargo, técnicas no nominativas —como la *back projection*, la *inverse projection* o la aplicación de modelos estables —permiten medir con una discreta aproximación los niveles medios de mortalidad con índices sintéticos como —por ejemplo— el de la esperanza de vida. La estructura de la mortalidad sigue siendo, pues, desconocida, tanto es así que se recurre, en general, a modelos basados en gran medida sobre tablas de mortalidad de nuestra época, con condiciones de supervivencia seguramente distintas por los fuertes cambios sociales, por las modificaciones del cuadro de las patologías o por las acciones de los nuevos conocimientos bio-médicos. Por otra parte, se tiene evidencia de que más allá de los efectos de las bruscas oscilaciones de la mortalidad, relacionadas con crisis alimenticias y con epidemias, la evolución de la mortalidad ordinaria ha variado también de forma significativa. En el régimen antiguo, con una esperanza de vida en torno a los 30 años y una natalidad constante, una variación de un año más o de un año menos en la esperanza de vida corresponde a variaciones de signo contrario del 1 por mil en la tasa de crecimiento. Eso puede parecer poco, pero en cambio es mucho si se tiene en cuenta que la tasa media de crecimiento de la población europea entre el Cuatrocientos y el Setecientos es del orden del 2 o 3 por mil.

Los dos temas —estructura de la mortalidad y ciclos de la misma— reconducen a problemas en los que la demografía históri-

ca debe profundizar. Por ejemplo: sabemos que el mundo de las patologías está en continua evolución, pero los conocimientos —que sí existen— no están bien integrados en el trabajo de los demógrafos. El tifus, la sífilis y quizá la viruela son patologías que surgen, o aparecen bajo nuevas formas, a finales del Cuatrocientos o comienzos del Quinientos; la peste, presente desde el Trescientos, se «retira» del continente a partir del Seiscientos; del paludismo y de sus ciclos de incidencia ya se ha hablado y en el Ochocientos se produce un recrudescimiento; la tuberculosis tiene seguramente ciclos con variaciones notables en difusión e intensidad. El sistema de las patologías es variable en el tiempo por el cambio de circunstancias complejas —en parte biológicas y en parte sociales— que determinan la difusión, la intensidad y la letalidad de las enfermedades transmisibles. Sintetizar estas circunstancias en un único modelo es muy difícil, sino imposible, aunque parezca generalizable la constatación de que la introducción de una patología nueva en una población «virgen» tiene efectos devastadores en una primera fase y que la aparición de adaptaciones biológicas, de inmunidad y resistencia, así como de protecciones sociales, tiende a atenuar la acción. Una más atenta valoración de la naturaleza y de la dinámica del cuadro de las principales patologías puede ayudar a interpretar los grandes ciclos de mortalidad (incluyendo la primera fase moderna de descenso, en el Setecientos en el Norte de Europa y en el Ochocientos en el resto) y a construir modelos de mortalidad más adecuados teniendo en cuenta las patologías prevalentes.

La alta mortalidad del antiguo régimen es la consecuencia de un «síndrome de pobreza»: pobreza de recursos materiales —alimentación, vivienda, energía, ambiente— y pobreza de conocimientos —técnicos, biológicos, médicos—. La variación de la mortalidad a lo largo del tiempo— los ciclos de los que he hablado anteriormente — así como las diferencias territoriales, son debidas a las combinaciones variables de los ingredientes del síndrome que, sin embargo, mantiene la supervivencia, incluso en los períodos más favorables, por debajo de los 40 años de esperanza de vida. Pero al final del siglo dieciocho la mortalidad inicia un largo descenso cuya interpretación es todavía imperfecta. ¿Qué parte cabe atribuir a la mejora de las condiciones materiales de vida? ¿En qué medida la mejora en la alimentación —cuando esté realmente documentada— ha aumentado la resistencia a las patologías infecciosas? ¿Cuál es el impacto de la

sustitución de la energía muscular por la energía producida por fuentes inanimadas? Desde el punto de vista de los conocimientos, aunque la teoría de los miasmas continuó prevaleciendo hasta los tiempos de Pasteur, la experiencia había enseñado a evitar cierto tipo de contacto y de contagio, a efectuar cuarentenas o a poner en marcha cordones sanitarios. ¿En qué medida estos comportamientos, y sus correspondientes disposiciones públicas, fueron responsables —por ejemplo— del retroceso de la peste en Europa, más precoz en la parte occidental y mucho más tardío en la oriental? ¿Qué conocimientos —traducidos en comportamientos, en prácticas de lactancia y de atención— son responsables de la fortísima variabilidad de la mortalidad infantil y juvenil? ¿Cuáles fueron las consecuencias negativas de los nuevos modos de vivir y producir por el hacinamiento de los barrios populares en las ciudades industriales, por la concentración de trabajadores en las grandes fábricas o por la excesiva tala de árboles? El siglo y medio que termina con la Primera Guerra Mundial y que ve la gradual salida de toda Europa de la presión de la alta mortalidad y la consolidación de la medicina moderna, es un fantástico laboratorio para la investigación demográfica.

Matrimonio y Malthus

En los cursos de demografía histórica no faltan nunca una o más lecciones sobre el «*European marriage pattern*» inspirado en el ensayo de Hajnal e integrado en tantas de las investigaciones de las últimas décadas. La proporción de los que se casan, la edad al matrimonio, la diferencia de edad de los esposos o la frecuencia de las segundas nupcias, son los principales reguladores del crecimiento demográfico en el régimen antiguo. La geografía matrimonial de Europa se conoce relativamente bien en sus grandes líneas a finales del siglo XVIII. La división de Europa entre nupcialidad baja y tardía (en occidente) y alta y precoz (en oriente) está bastante clara, como también se va aclarando la más compleja situación de los países mediterráneos. Indicadores procedentes de Francia, Italia y España parecen confirmar la tesis de que la «construcción» del sistema de baja nupcialidad es una obra gradual de los siglos XV o XVI en adelante. ¿Por qué se produce este cambio gradual? Dos parecen

ser las líneas interpretativas: la primera considera que un lento cambio cultural y económico transformó el matrimonio en una verdadera inversión. El matrimonio se lleva a cabo sólo cuando determinadas condiciones —ligadas, en particular, a la disponibilidad de recursos que permiten que la nueva pareja sea autónoma y capaz de invertir en hijos— son respetadas. Estas condiciones, para cumplirse, requieren tiempo e incitan al matrimonio tardío. Otra interpretación es de tipo «macro»: a partir de la segunda mitad del Cuatrocientos la población vuelve a crecer, después del grave retroceso debido al ciclo de la peste. En economías casi totalmente ligadas a la agricultura y con una productividad relativamente estancada, la dinámica demográfica ejerce crecientes presiones sobre los recursos, acompañadas de oscilaciones de los precios y deterioro de las condiciones de vida. Este proceso acciona el mecanismo regulador del matrimonio que tiende a hacerse progresivamente menos precoz y menos universal. Las dos interpretaciones no son necesariamente opuestas. A medida que los conocimientos sobre la geografía matrimonial europea se acumulan y el cuadro descriptivo se hace más articulado, se encuentran disponibles los elementos para la construcción de una teoría rigurosa de la nupcialidad. Pero muy a menudo ocurre que la particularidad de las fuentes demográficas y su discontinuidad, así como la segmentación temporal de las investigaciones, hacen difícil la reconstrucción de las tendencias en el largo plazo. Esta es, ciertamente, una limitación que está presente en todos los campos de la investigación, pero que afecta de forma particular a aquellos fenómenos estructurales que varían muy lentamente en el tiempo, como la nupcialidad, cuyos efectos acumulativos sólo se perciben con análisis de larga duración.

Ciudad y campo, movilidad

Es sólo en los umbrales del siglo XIX cuando el porcentaje de población urbana supera el 10 por ciento de la población europea (excluida Rusia). La urbanización, precoz y relativamente elevada en los Países Bajos y en Italia, es bastante tardía en la Europa del Norte y en la centro-oriental. La investigación demográfica ha aclarado la existencia de fuertes diferencias entre los sistemas demográficos «urbanos» —referidos sobre todo a las grandes ciudades— y

los rurales. La gran ciudad es «*mangeuse d'hommes*», su dinámica natural es estructuralmente negativa y se conserva o se expande gracias a la continua inmigración. La ciudad es una enorme máquina que absorbe energía vital (el excedente del campo) y la «transforma» en actividad económica con poca consideración hacia su conservación. Estas imágenes sintetizan el problema, pero no nos ayudan a analizarlo completamente como debería hacerlo la demografía. Que la mortalidad en la ciudad sea más alta que en el campo es un hecho bastante bien contrastado y en el que concurren varios factores, entre los cuales destacan los bio-patológicos, ya que la alta densidad humana de las ciudades actúa de «*reservoir*» de patologías epidémicas que, aunque introducidas del exterior, luego se conservan ahí y se transmiten con facilidad. Pero también la nupcialidad y la fecundidad son en general menores por múltiples causas, como el desequilibrio de los sexos, la mayor movilidad o el control precoz de los nacimientos. El resultado es una dinámica natural fuertemente negativa.

Estas explicaciones son en general correctas, pero insuficientes. Las ciudades se insertan en un sistema-región o un sistema-país del cual son parte integrante. Eso es evidente desde el punto de vista político, económico o social; es menos evidente, pero no menos relevante, también desde el punto de vista demográfico. En particular, en los procesos de migración campo-ciudad tienen lugar procesos de selección y especificación de las funciones. Las ciudades —por ejemplo— atraen a los enfermos y a los pobres (por la existencia de instituciones caritativas); los niños son abandonados; las madres solteras encuentran acogida; siervos, militares, presos, religiosos, prostitutas, mendigos, deambulantes o jornaleros habitan o transitan con mucha mayor frecuencia que en el campo. Estas personas y categorías presentan comportamientos demográficos muy diversos de los de las poblaciones rurales, ligadas a la tierra, con poca movilidad y fuertemente sujetas al control social. Pero es precisamente la atracción de la ciudad la que de hecho permite al campo «conservar» los modelos demográficos tradicionales y revertir sobre la ciudad no sólo los excedentes eventuales, sino también particularidades comportamentales y elementos de inestabilidad ocasionales.

Muy incompletos son también nuestros conocimientos sobre movilidad y migraciones, fenómenos poco queridos por los demógrafos históricos porque «perturban» los análisis tradicionales,

implican la explotación de fuentes alternativas e influyen en modo poco predecible sobre los fenómenos de mortalidad y reproducción. Sin embargo, incluso en sociedades fuertemente arraigadas donde la posesión de la tierra estaba muy extendida y en las cuales existían pocos espacios nuevos que ocupar, la movilidad resultaba un componente importante de la dinámica demográfica local. Si se amplía el contexto demográfico se descubre la existencia de sistemas migratorios muy relevantes, incluso internacionales, en los cuales grandes ciudades como Londres, Amsterdam o París desempeñaban un papel muy importante, aunque no exclusivo. Aún más a largo alcance, la expansión europea, particularmente hacia América, determina salidas migratorias de entidad no despreciable que abren el camino a las grandes migraciones de masa del Ochocientos. Además, en el transcurso de los siglos, la atracción de la parte oriental europea no deja de producir flujos de asentamiento por motivos económicos, aunque también político-estratégicos. Las guerras religiosas desplazan, expulsan y atraen minorías importantes y a veces numerosas —moriscos y hebreos, hugonotes y protestantes—. El conjunto de estas fuerzas —locales, interregionales, internacionales y transcontinentales— no es despreciable y ha incidido sobre la intensidad y estructura de la dinámica del continente. Sin embargo, un cuadro general sólo se puede esbozar de un modo muy imperfecto.

Para concluir

Se observará que no he hablado, hasta ahora, de la fecundidad, ya que de ella se sabe mucho porque el análisis nominativo la ha tenido como un objeto central de estudio. Faltan, ciertamente, cuadros regionales o nacionales precisos, análogos a los esbozados para Francia y para Inglaterra, pero las incógnitas resultan menores. Se han hecho grandes esfuerzos también para identificar los procesos de difusión del control de los nacimientos desde finales del Setecientos en adelante.

Para concluir, quisiera detenerme sobre la necesidad de mejorar el conocimiento de los sistemas demográficos europeos. Por «sistema» entiendo la combinación de los comportamientos demográficos (incluyendo entre dichos comportamientos —entendidos en sentido

lato— la supervivencia) según reglas y relaciones estables en el tiempo, incluso cuando estaban sometidos a presiones externas (crisis biológicas, económicas, sociales). Los fenómenos que determinan la dinámica de la población no se combinan entre sí de forma casual, sino según lógicas e interdependencias sólo conocidas en parte. La más evidente de ellas es la que no permite —sino durante breves períodos— la coexistencia entre alta natalidad y baja mortalidad, no sólo por el desequilibrio que supondría a largo plazo como consecuencia de un crecimiento excesivo, sino sobre todo porque la baja mortalidad se asocia con una alta inversión de los padres en cada nacido, lo cual es difícilmente compatible con un elevado número de hijos por pareja. La relación inversa también es cierta: la alta mortalidad no puede convivir a la larga con la baja natalidad, no sólo porque llevaría a la población hacia la extinción, sino también porque desequilibraría la relación entre generaciones, haciendo más vulnerables a las ancianas, privadas del apoyo adecuado de las generaciones jóvenes.

La profundización del conocimiento de los sistemas —y de las razones de sus variaciones— tiene distintas implicaciones. En primer lugar, necesita un conocimiento adecuado de los distintos elementos constitutivos (matrimonio, fecundidad, supervivencia, movilidad) del sistema. En segundo lugar, implica profundizar en las interrelaciones e interacciones entre los elementos componentes de cada sistema. Por último, requiere que se comprenda hasta qué punto los sistemas son «estables» en el tiempo y cuáles son las condiciones por las que opera un cambio. ¿Por qué Francia tiene dinámicas y comportamientos tan distintos de los de Inglaterra? ¿Cuáles son las razones de la especificidad de Irlanda? ¿Qué distingue al sistema ruso y mantiene su rápido crecimiento? ¿Se puede hablar de un sistema atlántico ibérico? ¿Existen sistemas demográficos típicos de las culturas y economías de la montaña? ¿Cuáles son los rasgos característicos del sistema demográfico hebreo-sefardí en contraposición con los del sistema askenazí? El hecho mismo de que podamos permitirnos formular estos interrogantes es una prueba de los numerosos progresos realizados por la demografía histórica en las últimas décadas.